

ESPECTACULOS

MUSICA BALLET
CINE VARIEDADES
TEATRO JAZZ

LIBROS DE TEATRO

Dramáticas crisis de conciencia

LAWRENCE DURRELL: SAFO (Sappho). Traducción de Miguel Alfredo Olivera. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1964. 177 pp.

A pesar de su título, *Safo* tiene poco que ver con la famosa poetisa que ha prestado su nombre a una vieja peculiaridad erótica. En la versión de Durrell, Safo es una mujer apasionada pero sólo por la poesía y por los hombres. Casada con un anciano muy tolerante, Safo tiene amigos íntimos aunque no es una fanática del adulterio. Le importa más la poesía (lo que es explicable en un poeta) y le importa sobre todo la política, lo que es inesperado y constituye tal vez la mayor invención de Durrell.

Porque esta pieza es sobre todo un drama político. Los personajes principales son dos hermanos, Pitacos y Faón, que no pueden ser más distintos: Pitacos es un general ambicioso que llega a dictador de la isla de Lesbos y ambiciona crear un imperio que sojuzgue a la propia Atenas; en tanto que Faón rehuye la vida pública, trabaja de buzo y se retira a una isla desierta como un ermitaño del paganismo. La paradoja de la obra es que mientras Pitacos busca y asedia el poder, y también a Safo, su hermano obtiene a la mujer y desdén el poder, sin más esfuerzos que los de estar ahí, ser. Pero a Durrell le interesa sobre todo el problema del poder.

De ahí que también insista en Creón, el marido de Safo, viejo ambicioso que querrá recuperar su fortuna perdida en un terremoto y que sólo alcanzará lo que ambiciona para descubrir (como Edipo antes que él) las ironías que se gasta el destino. La misma Safo acabará por entrar en el juego del poder y será ella la que en definitiva resuelva la intriga planteada con tanto ingenio por Durrell. El ansia de poder (parece decir el poeta) termina por pervertirlo todo, por destruir hasta la poesía. Porque no sólo Safo sufre sus consecuencias. Otro personaje, Diómedes, también poeta, será alcanzado por la marea, devorado por ella.

No es fácil situar esta obra en el contexto de la producción de Durrell si no se sabe que fue proyectada en 1946, cuando el autor irlandés se encontraba como representante del Consejo Británico en las islas del Mar Egeo. En ese ambiente (que también le servirá para su famosísimo *Cuar-*



Lawrence Durrell

de Alejandria), Durrell empieza a planear un drama en verso sobre los problemas de la acción y de la no-acción, es decir las actitudes que representan en la obra Pitacos y Faón. En una carta que escribe desde Rodas en setiembre 25, 1946, a su gran amigo Henry Miller ya habla del proyecto de un drama en verso sobre Safo e insiste en este punto de vista. En esa correspondencia (que ha sido publicada en Nueva York por E. P. Dutton and Co., 1963) se pueden seguir algunos avatares de la composición de la obra. Como de costumbre, Miller elogia desmedidamente la pieza (todo lo que hace su amigo le parece magnífico y Durrell está a la recíproca; es un dúo de inagotables alabanzas) pero también desliza alguna opinión que merece ser tenida en cuenta: así le parece que el tema realmente importante de la obra es la actitud del poeta frente a su destino, y no el conflicto político (car-

ta del 11 de abril de 1950). También le recomienda en la misma carta que no suprima la escena de la muerte de Diómedes, por la misma razón sin duda.

Lo que tal vez Miller no entendía entonces es que la intención de Durrell al componer *Safo* era liberarse de una serie de conflictos de conciencia que le había creado la guerra y su condición de militante cultural inglés en un mundo horriblemente convulsionado como era el griego de postguerra. Por eso, la insistencia en el tema político. Pero como Durrell es sobre todo un poeta (es decir, un creador) sus intenciones voluntarias son menos importantes que las inconscientes. De ahí el acierto de Miller al indicar como mayor mérito de la obra lo que tiene que ver no con el destino del hombre de acción sino con el destino del poeta. Lamentablemente, Miller no vio a tiempo que esta escisión entre las intenciones declaradas por Durrell y el impulso interior harían malograr a *Safo*. La pieza queda como un fracaso distinguido: el fracaso de un poeta de indudables condiciones, de un inquieto visionario, por encontrar el medio dramático adecuado para expresar los conflictos que lo desgarran.

El problema personal de Durrell se aumenta de uno, más general. Los novelistas y los poetas suelen ser malos dramaturgos. Porque las mismas condiciones que suelen servir para una gran novela o para un magnífico poema suelen ser inútiles en el teatro. Esta pieza de Durrell confirma la regla. Hay muy buenos pasajes de poesía, hay excelentes fragmentos narrativos, hay incluso algunos momentos de gran intensidad teatral (cuando Pitacos manda a Safo el brazo cortado de una doncella, con una lujosa pulsera de oro; el encuentro amoroso de Safo con Faón; los diálogos entre los dos hermanos; la despedida de Diómedes). Pero una colección de fragmentos no hacen un drama. La obra padece por la falta de unidad dramática, por la yuxtaposición de escenas que no crecen hacia una culminación, por el relleno de elementos de mala calidad. Representada debe parecer aún más torpe; leída, tiene la ventaja de una calidad poética de su texto que termina por imponerse. La traducción de Miguel Alfredo Olivera es en general excelente.

— E. R. M.